

CARTA PRIMERA.

Paris, Noviembre 29 de 1862.

Estado de la cuestion. — En la actualidad no se hace la señal de la cruz, ó se hace rara vez y mal. — Los primeros cristianos la hacian á menudo y bien. — Tenemos razon si á ellos les faltaba, ó al contrario, nosotros hacemos mal si á ellos les sobraba; ¿cuál de estas dos cosas es?

MI QUERIDO FEDERICO:

Hace apenas quince dias que los periódicos anunciaban el naufragio del capitán Walker. Esta noticia que leíamos juntos, era tanto mas dolorosa, cuanto que nos hacia saber la muerte de muchos pasajeros á quienes conociamos. El buque tocó contra un escollo, y al momento se declaró una ancha vía de agua. A pesar de los esfuerzos de la tripulacion, fué imposible cerrarla; en ménos de una hora la cala estaba inun-

dada. El buque descendía rápidamente bajo su línea de flote.

Para alijarlo, comenzaron á arrojar al mar las mercancías, luego las provisiones de guerra, despues los muebles y demas objetos, y por último, las provisiones de boca, con excepcion de dos ó tres barricas de agua y algunos sacos de galleta. Todo fué inútil; el buque continuaba sumergiéndose y el naufragio era inminente. Como último recurso Walker ordenó que se echaran los botes al mar y se precipitaron á ellos. Desgraciadamente la mayor parte de los pasajeros, en vez de encontrar en ellos su salvacion, hallaron la muerte. ¹

Con pocas diferencias, este relato es, como sabes, la historia de todos los grandes naufragios. Los desgraciados que en esa extremidad mandan el buque y los que lo tripulan, están autorizados para arrojar al mar cuanto puede echarse, porque la vida es antes que todo.

El mundo actual, que aún se llama cristiano, y al que sin duda pertenecen tus jóvenes camaradas, ofrece más de un rasgo de similitud con un navío averiado y próximo á perecer. Las fu-

¹ Véanse los periódicos de Octubre de 1862.

riosas tempestades que desde hace mucho tiempo no han dejado de combatir á la Iglesia, han causado anchas vías de agua. Por ellas han entrado á chorros, doctrinas, costumbres, usos y tendencias anticristianas. ¡Cuidado! no con el buque que es imperecedero, sino con los pasajeros. ¿Qué se han hecho? No hablo del mundo absolutamente pagano, porque su naufragio ya está consumado, sino del que todavía pretende ser cristiano.

¿Qué ha hecho, qué hace diariamente con las provisiones de boca y guerra, con las mercancías, muebles y lo demas de que la Iglesia ha provisto al buque para libertarlo contra los escollos y los vientos, y asegurar el resultado de la navegacion hasta el puerto de la eternidad? Casi todo lo ha arrojado á la mar.

¿Qué se ha hecho de la oracion en comun en las familias? Está en la mar: ¿las lecturas piadosas, la meditacion? en la mar: ¿la asistencia habitual al santo sacrificio, el escapulario y el rosario? en la mar: ¿la debida santificacion del domingo, por la asistencia á la instruccion y á los oficios, por la visita á los pobres, á los afligidos y enfermos? en la mar: ¿la práctica re-

gular de los sacramentos, las leyes del ayuno y de la abstinencia? en la mar: el espíritu de simplicidad, modestia y mortificación, en el traje, en las distinciones, en los muebles, en las habitaciones y en el alimento, el crucifijo, las imágenes de los santos y el agua bendita en las casas, ¿en dónde están? en la mar, en la mar.

Entretanto el buque continúa sumergiéndose: el espíritu cristiano disminuye, y el opuesto se sobrepone visiblemente, y cada cual pretende arrojarse á las embarcaciones pequeñas, quiero decir, á las diferentes especies de religiones que también cada uno se forja según su edad, su posición, su temperamento, sus gustos y el círculo que frecuenta.

Asistir á misa rezada los domingos, ¿y cómo? tres veces por año á misa mayor, á vísperas, nunca: frecuentar los bailes y teatros, leer cuanto se presenta, no rehusarse nada, sino aquello que no puede alcanzarse, esos son los débiles esquifes á los que confían su salvación. ¿Y habrá que admirarse de tantos naufragios? ¡Pobres pasajeros! separados del buque ¡cuánto deben compadecerse! ¡Cuánto hay que compadecer á la generación que se está educando!

Entre los usos católicos tan imprudentemente abandonados por el mundo actual, hay uno respetable entre todos, que yo desearía salvar del naufragio á cualquier precio. Es el que desprecian tus camaradas sin saber lo que hacen, es la señal de la cruz. Tiempo es ya de que procuremos su conservación; porque si no, dentro de poco no tendrá razón de ser como otras muchas prácticas tradicionales que debemos á la maternal solicitud de la Iglesia y á la inteligente piedad de los siglos cristianos.

¿Quieres saber, mi querido Federico, el respeto que en el pretendido mundo cristiano se tributa hoy á la señal de la cruz? Colócate un domingo á la puerta de una gran iglesia, y examina á la multitud que entra á la casa de Dios. Un gran número entran orgullosa y neciamente, lo que es una misma cosa, al santo lugar, sin dirigir siquiera la vista á las fuentes y sin hacer la señal de la cruz: otros, en número no menor, toman ó reciben, ó simulan tomar y recibir el agua bendita y hacer la señal de la cruz. Les verás sumergir la mano calzada con guante en las fuentes, lo que es tan litúrgico, como confesarse y comulgar con guantes.

En cuanto á su modo de hacer la señal de la cruz, lo mas acertado seria no decir nada, pues es capaz, segun creo, de derrotar al mas hábil explicador de geroglíficos. Un movimiento de mano irreflexivo, apresurado, trunco, maquinal, al que es imposible asignar forma ni dar significacion alguna, y al que sus autores no conceden la menor importancia, á eso está reducida la señal de la cruz en los domingos.

¿Cuántas personas encontrarás en esa multitud bautizada, que hagan seria, regular y religiosamente el venerando signo de la salvacion? Y si en público y en una circunstancia solemne no hacen ó hacen mal la señal de la cruz, apenas puedo persuadirme que lo hagan bien ó mal en otras, donde en apariencia no hay motivo para hacerlo ó hacerlo bien.

Es un hecho: los cristianos de hoy no hacen ó hacen rara vez y mal la señal de la cruz. Sobre este punto, como sobre otros muchos, somos antípodas de nuestros abuelos los cristianos de la primitiva Iglesia. Ellos hacian la señal de la cruz, bien y á menudo.

Tanto en Oriente como en Occidente, lo mismo en Jerusalem como en Atenas y Roma, los

hombres y las mujeres, los jóvenes y los ancianos, los ricos y los pobres, los sacerdotes y los simples fieles, observaban religiosamente este uso tradicional. La historia no ofrece hecho mas cierto: todos los Padres de la Iglesia, testigos oculares, lo testifican, y los historiadores lo confirman. Nada me seria mas fácil que citar sus palabras, que las encontrarás en la obra *De Cruce*, de tu sabio compatriota Gretzer.

En nombre de todos, escucha solamente á Tertuliano: "A cada movimiento y á cada paso, al entrar y al salir, al vestirnos y al calzarnos, al bañarnos, al ponernos á la mesa, al encender las luces, al dormir, ¹ al sentarnos y al dirigirnos á cualquier lugar, nos marcamos la frente con la Señal de la cruz."²

Esto era entenderlo: nuestros abuelos, á cada instante, de un modo ó de otro, hacian la señal

¹ Con las manos cruzadas sobre el pecho.

² Ad omnem progressum atque promotum, ad omnem aditum et exitum, ad vestitum et calceatum, ad lavaora, ad mensas; ad lumina, ad cubilia, ad sedilia, cuaquumque nos conversatio exeret, frontem crucis signaculo terimus. (*De Coron. milit.*, C. III.)

Habitualmente lo hacian sobre la frente con el pulgar, para no traicionarse.

de la cruz, y no solo sobre su frente, sino sobre sus ojos, sobre su boca y pecho. ¹

De aquí resulta, que si los primeros cristianos reaparecieran sobre nuestras plazas, ó en nuestras casas, é hicieran hoy lo que diez y ocho siglos ha, nos veríamos tentados de tomarlos por maniáticos; tan cierto es, otra vez mas, que respecto á la Señal de la cruz somos sus antipodas. ¿Hacian mal y nosotros tenemos razón; ó ellos la tenían y nosotros no? Uno ú otro, no hay medio: ¿Quiénes estaban en la verdad?

Tal es la cuestion; grave, gravísima, mucho mas grave seguramenté que lo que piensan tus camaradas, y los que se les parecen. Espero convencerte de ello en mis próximas cartas.

1 In frontibus, et in oculis, et in ore, et in pectore et in omnibus membris nostris. (S. Ephrem, *Serm. in pret. et vivif. crucem.*)

CARTA SEGUNDA.

Noviembre 27.

Exámen de la cuestion. — Presunciones razonadas en favor de los primeros cristianos. — Primer juicio; sus luces ó su proximidad á los apóstoles. — Segunda presuncion; su santidad. — Tercera presuncion; la práctica de los verdaderos cristianos en todos los siglos. — ¿Fueron grandes genios los Padres de la Iglesia?

QUERIDO AMIGO;

En las causas ordinarias, las circunstancias exteriores desempeñan un gran papel, y á menudo contribuyen á formar la opinion de los jueces, del mismo modo que los testimonios directos. Sabes que así se denominan los antecedentes, la posicion y el carácter moral de los interesados en el debate, ¿por qué los haríamos nosotros á un lado en el proceso que nos ocupa? Así es que, ántes de exponer las razones que asistian á los primeros cristianos, sacadas de la naturaleza misma de la señal de la cruz, examinaré-

mos los juicios razonados y presunciones fundadas que militan en favor de su conducta.

Primera presuncion en favor de los primitivos cristianos: *Sus luces ó su proximidad á los apóstoles*. Los apóstoles conversaron con el mismo Verbo encarnado, con la Verdad en persona: le habian visto con sus ojos y tocado con sus manos, y eran los depositarios y los órganos infalibles de su doctrina, que se les ordenó enseñar entera, nada más ni nada ménos. A su vez los primeros cristianos, vieron á los apóstoles y hombres apostólicos, les frecuentaron y escucharon; de su boca recibieron la fé, de sus manos el bautismo, y bebieron la verdad en la fuente misma.

Esa Verdad, á la que debian todo, y con la que se nutrieron, era la regla de sus acciones, y la observaban con una inviolable fidelidad, *perseverantes in doctrina apostolorum*. Nadie evidentemente estuvo jamas en mejores condiciones para conocer el pensamiento de los apóstoles y del mismo Nuestro Señor.

Si, pues, los primeros cristianos hacian á cada instante la señal de la cruz, preciso es concluir que obedecian á una recomendacion apostólica. De otra manera los apóstoles y sus primeros su-

cesores, fieles ó infalibles guardianes del triple depósito de la fé, de las costumbres y de la disciplina, se hubieran apresurado á prohibir un uso inútil, supersticioso y propio para exponer á los néofitos á las burlas del paganismo ignorante. Por lo mismo, repito, haciendo muy á menudo la señal de la cruz, los cristianos de la primitiva Iglesia obraban con pleno conocimiento de causa. Primera presuncion en favor de su conducta.

Segunda presuncion en favor de los primeros cristianos: *Su santidad*. No solo estaban muy instruidos los primeros cristianos en la doctrina de los apóstoles, sino que eran muy fieles en practicarla, siendo de esto la mejor prueba, que eran muy santos.

Nada está mas justificado que el carácter de los primeros cristianos fué el de una elevada santidad:

1º Porque preferian perderlo todo, los bienes y aun la vida, en medio de los mas espantosos suplicios, ántes que ofender á Dios; habiendo durado su heroismo tanto como las persecuciones, tres siglos.

2º Porque eran muy caritativos. El cielo y

la tierra se reunieron para hacer un elogio de su mutuo amor, único en los anales del mundo. No eran mas que un solo corazón y una sola alma, dijo el mismo Dios: *cor unum et anima una*. Mirad, exclamaban los paganos, cómo se aman y están dispuestos á morir los unos por los otros. *Vide ut inricen se diligant et ut pro alterutro mori sint parati.*

3º Porque estaban llenos de una respetuosa ternura para con los apóstoles, á los que obedecían con una sumisión filial. San Pablo, que no hacia cumplimientos, escribió á los cristianos de Roma, que su fé es célebre en el mundo entero; y á los de Asia, que le amaban de tal manera, que si hubieran podido, se habrían arrancado los ojos para dárselos. Y á sus ruegos todas las Iglesias volaron al socorro de los hermanos de Jerusalem, y Filemon reconoció á Onésimo.

4º Porque los Padres de la Iglesia, testigos oculares, rindieron el mas brillante testimonio á su santidad. Al dirigirse Tertuliano á los jueces, pretóres y procónsules del imperio, les arrojaba este solemne desafío: "Apelo á vuestros procedimientos, magistrados encargados de administrar justicia. Entre la multitud de acusa-

dos á quienes todos los dias se hace comparecer ante vuestros tribunales, ¿cuál es el envenenador, el asesino, el sacrilego, el corruptor, el ladrón, que sea cristiano? De los vuestros es de los que están llenas las prisiones: de los vuestros están pobladas las minas: con los vuestros engordan las fieras del anfiteatro: con los vuestros se forman los rebaños de gladiadores. Entre ellos no hay un solo cristiano, á ménos que sea por el único crimen de ser cristiano." 1

5º Porque los mismos escritores paganos reconocían su inocencia, y sus perseguidores rendían homenaje á su virtud. Tácito, ese autor tan exagerado e injusto respecto de nuestros padres, refiere la espantosa carnicería que se hizo de los cristianos en tiempo de Neron. "Una multitud enorme, dice, *multitudo ingens*, pereció en los mas espantosos suplicios. Eran inocentes de lo que se les acusaba; pero culpables de odio del género humano, *odio generis humani*." Hé aquí la palabra.

¿Cuál era el género humano de Tácito? Lo dice él mismo: el lodo viviente, la crueldad viviente. ¿Y por qué era ese odio? Porque el mal

es el irreconciliable enemigo del bien, y la santidad de nuestros padres era la implacable condicion de los crímenes monstruosos con que se manchaban los paganos. Ese fué el principio que reconocieron las hogueras de Neron y sus antorchas vivas.

Cuarenta años despues de Neron, Pliinio, el jóven, gobernador de Bytinia, fué encargado por Trajano de informar contra los cristianos. Cor tesano celoso, ejecutó con rigor las órdenes de su amo, de ojear á nuestros abuelos. En la tortura él mismo les interrogaba, y ¿qué resultados le dieron tan sanguinarios procedimientos? "Todo el crimen de los cristianos, escribió á Trajano, consiste en reunirse en determinado dia antes de apuntar la aurora, para cantar alabanzas á Cristo, como á un dios; á obligarse por juramento, no cometer ningun crimen, sino á evitar el robo, el bandidaje, el adulterio y el perjurio. Les he hecho aplicar el tormento, y solo los he encontrado culpables de una excesiva y mala supersticion." ¹

Mucho me he extendido, querido Federico sobre la santidad de nuestros antepasados, y

¹ Epist., lib. X, epist. 97.

mi modo de ver ella constituye la mas convincente y poderosa presuncion en favor de la Señal de la cruz. Cuando hombres de tal carácter y siempre en frente de la muerte, fueron invariablemente fieles á un uso, preciso era que ese uso fuera mucho mas importante de lo que lo creen tus camaradas.

Tercera presuncion en favor de los primeros cristianos: *La práctica de los verdaderos cristianos en los siglos siguientes.* Desde luego se formaron en Oriente y Occidente comunidades religiosas de hombres y de mujeres, y en estos asilos, separados del mundo, es donde se encuentra, si no inmóviles, á lo ménos perpetuados con la mayor fidelidad, el verdadero espíritu del Evangelio y la tradicion pura de la enseñanza apostólica.

Entre los usos antiguos conservados con el mas escrupuloso celo, figura la Señal de la cruz. "Nuestros padres, los antiguos monjes, escribe uno de sus historiadores, practicaban muy frecuente y muy religiosamente la señal de la cruz. La hacian, sobre todo, al levantarse, al acostarse, antes de trabajar, al salir de sus celdas y del monasterio, al entrar, al ponerse á la mesa,

sobre el pan, el vino y cada uno de los manjares." 1

En el mundo marcha sobre líneas paralelas el uso tradicional del signo del Redentor. Todos aquellos grandes hombres que por mas de quinientos años se sucedieron en el Oriente y en el Occidente, esos genios incomparables que se llaman los Padres de la Iglesia, Tertuliano, Cipriano, Atanasio, Gregorio, Basilio, Agustín, Crisóstomo, Gerónimo, Ambrosio, y tantos otros con cuya larga lista podemos enorgullecernos, todas esas altísimas inteligencias hacian muy asiduamente la Señal de la cruz y recomendaban con instancia á todos los cristianos que la hicieran á cada momento.

He llamado á los Padres de la Iglesia grandes genios y grandes hombres. Si, como tales, los citas á tus camaradas, espera una sonrisa de compasion, porque no los pasan. ¡ Pobres jóvenes! conocen á los Padres de la Iglesia como á los antípodas. Pregúntales á tu vez ¿ qué entienden por grandes hombres? y por si no te dieran una respuesta, ahí tienes la mia, que podrá servirte en caso necesario.

1. Marteno, *De antiq. monach. ritib.*, lib. I, c. 1. en 25, e. et.

Llamo grandes hombres, á los que por la elevacion, la profundidad y grandeza de su genio, abrazan inmensos horizontes en el mundo de la verdad: á los que conocen las ciencias, los hombres y las cosas, no superficialmente sino en sus principios, en su objeto y en su naturaleza intima, no solo la materia que las cubre sino la esencia que las anima; no solo al hombre sino al ángel; no solo á la criatura sino al Criador; no solo lo que está mas acá de la tumba sino mas allá; no solo un detalle sino el conjunto; no una ley de la creacion aislada, sino todo el sistema, del que hacen saltar inesperadamente chorros de luz aplicados al perfeccionamiento de la sociedad.

Tal es el genio, tales son los Padres de la Iglesia. Puedes desafiar á tus compañeros, para que digan si hay tanto entre los antiguos, como entre los modernos, persona á quien convenga mejor que á los Padres de la Iglesia, la definicion de grandes hombres. Por famosas que sean las especialidades, particularmente las actuales, en química, física, mecánica ó industria, no son grandes genios, ni aun genios. El hombre, cuya mirada no abarca mas que una ley secun-

daria de la armonía universal, no merece el nombre de genio, como no puede llamarse gran músico al que solo arranca un sonido á un instrumento, sino al que hace resonar armoniosamente todas sus cuerdas.

El tiempo no me permite concluir esta noche mi carta: la continuaré mañana.

CARTA TERCERA.

Noviembre 28.

Continúa la tercera presuncion: los doctores de Oriente y los de Occidente. — Constantino, Teodosio, Carlomagno, San Luis, Bayardo, D. Juan de Austria, y Sobieski. — Cuarta presuncion: la conducta de la Iglesia. — Quinta presuncion: los que no hacen la señal de la cruz. — Resúmen.

QUERIDO AMIGO:

Todos esos grandes genios, querido amigo, hacian la señal de la cruz, como si hubieran sido unas niñas. La hacian muy á menudo y no cesaban de recomendar á los cristianos que la hicieran en todas ocasiones. "Hacer la señal de la cruz sobre los que ponen su esperanza en Jesucristo, dice uno de ellos, es lo primero y mas continuo que sucede entre nosotros, *primum est notissimum.*"¹

1 S. Basil., *De Sp S.*, c. XXVII.

Otro; "La cruz se encuentra por todas partes; entre los principales y entre los súbditos, entre las mujeres y entre los hombres, entre las vírgenes y las casadas, entre los esclavos y los hombres libres, y todos marcan con ella su frente, la parte mas noble de su cuerpo.... Nunca paseis el dintel de vuestra casa, sin decir: *Renuncio á Satanás, y me uno á Jesucristo* acompañando estas palabras con la señal de la cruz: *cum hoc verbo et cruce in fronte imprimas.*"¹

Otro: "Debemos hacer la señal de la cruz á cada accion del dia, *amne dici opus in signo facere Salvatoris.*"² Otros: "Hagase constantemente la señal de la cruz, sobre el corazon, la boca, y la frente, en la mesa, en el baño, en el lecho, al entrar y salir, en la tristeza y en la alegría, sentado en pié, caminando, en una palabra, al hacer cualquiera cosa, *verbo dicam in omni negotio.* Hagámosla sobre el pecho y sobre todos nuestros miembros, para que nuestro ser entero esté cubierto por la invensible

1 S. Chrys., *Quod Christus sicut Deus*; et *Homile XXI, ad popul. Antioch.*

2 S. Ambr., *Ser.*, XLIII.

armadura de los cristianos: *armemur hanc insuperabili christianorum armatura.*"¹

Confirmando sus palabras con su ejemplo, vemos morir á esos grandes genios, como al ilustre Crisóstomo, rey de la elocuencia, haciendo la señal de la cruz. Formados en su escuela, los mas nobles cristianos, marcharon sobre sus huellas. Hablando de Santa Paula, la nieta de los Escipiones, dice San Gerónimo: "A punto de rendir el alma, y cuando apenas podíamos oirla hablar, tenia el dedo sobre la boca, y fiel al uso, imprimia sobre sus labios la señal de la cruz."²

Pasemos siglos y siglos; y señalemos aun algunos brillantes anillos de la cadena tradicional. Sin hablar de esos inmortales emperadores, legisladores y guerreros, Constantino, Teodosio, y Carlomagno, tan fieles al uso de la señal de la cruz, lleguemos al mas grande de los reyes de Francia, á San Luis. Su amigo é historiador, el señor de Joinville, nos ha dejado este testimonio: "En la mesa, en el consejo, en el

1 Gaudent. episc. Brexien., *Trait. de lect. evang.*; S. Cyrill. Hier., *Catech.*, IV, n. 14; S. Ephr., de *Panoptia*.

2 Ad Eustoeh., de *Epitaph. Paula.*

combate, y en todas sus acciones, el rey comenzaba por hacer la señal de la cruz." ¹ Bayardo, el caballero sin tacha y sin miedo, fué herido de muerte: digno de su vida, su último acto fué hacer con su espada la señal de la cruz.

Representados por dos flotas de cuatrocientas velas, el poder católico, y el poder musulman, se encuentran frente á frente en el golfo de Lepanto. Del combate depende el triunfo de la civilizacion, ó la victoria de la barbarie: los destinos de Europa, están en las manos de D. Juan de Austria. Antes de dar la señal del zafarrancho de combate, el héroe cristiano hace la señal de la cruz: todos los capitanes lo imitan y el islamismo sufre una derrota de la que no se ha recuperado jamas.

Un siglo mas tarde intenta reparar esa derrota, y hace avanzar sus innumerables hordas sobre los muros de Viena. Sobieski fué llamado; comparadas sus fuerzas á las del enemigo, eran muy inferiores; pero Sobieski era cristiano. Antes de descender á la llanura, manda á su ejército haga la señal de la cruz; la hace él mismo trasformándose en cruz viva, oyendo la

¹ Vie, c. XV.

misa con los brazos extendidos en forma de cruz, y *allí*, dice un guerrero cristiano, *fué batido el gran visir*.

No acabaria, amigo mio, si pretendiera citar-te unos tras otros los hechos que establecen la perpetuidad y la frecuencia de la señal de la cruz, entre los verdaderos cristianos de todos los siglos y de todas condiciones, tanto en el mundo como en los claustros, en Oriente como en Occidente. ¿Esa gloriosa tradicion no constituye una presuncion sumamente respetable en favor de nuestros abuelos de la primitiva Iglesia? ¿Qué pensarán de ellos tus camaradas?

Cuarta presuncion en favor de los cristianos: *El uso de la Iglesia*. Pasan los siglos y con ellos los hombres cambian. Leyes, costumbres, modas, maneras de ver y de juzgar, todo se modifica, solo la Iglesia no varia; inmutable como la verdad, de que es poseedora, lo que enseñaba y hacia ayer, lo enseña y lo hace hoy; lo enseñará y hará mañana, y siempre.

¿Cuál es su pensamiento y su conducta respecto de la señal de la cruz? En ningun punto se manifiesta con mas brillo su divina inmutabilidad. Puede decirse que desde hace diez

y ocho siglos, la Iglesia vive con la señal de la cruz, ni un instante deja de emplearla; todo lo comienza, continúa y concluye, con ese signo. La señal de la cruz, es la principal de todas sus prácticas, la mas comun y familiar, y es el alma de sus exorcismos y bendiciones.

Lo mismo que la vemos hacer en nuestros templos, lo hacia delante de nuestros padres en las catacumbas. "Sin la señal de la cruz, decian, nada entre nosotros seria legitimo, nada perfecto, nada santo."¹

Semejante el poder de la Iglesia al de su Divino Fundador, se extiende sobre todos los hombres y todas las criaturas, sobre el cielo y sobre la tierra. *Data est mihi potestas in caelo et in terra.* ¿Cómo lo ejerce? por la señal de la cruz. Cuanto destina á su uso, el agua, la sal, el pan, el vino, el fuego, la piedra, la madera, dos bronces y metales preciosos, todo cuanto pertenece á sus hijos, sus habitaciones, sus campos, sus ganados, sus instrumentos de trabajo, las inven-

¹ Sine quo signo nihil est sanctum, neque alia consecratio meretur effectum. (S. Cyr., *de Bapt. chr.*)—Quod signum nisi adhibeatur, nihil recte perficitur. (S. Aug., *Tract.*, 128, *in Joan.*, n. 5.)

ciones de industria, de todo toma posesion por la señal de la cruz.

¿Quiere preparar al Dios del cielo una habitacion sobre la tierra? antes de todo, la señal de la cruz debe consagrar el punto del edificio. "A nadie, dicen los concilios, se permita construir una iglesia, antes de que el obispo acuda al lugar y haga la señal de la cruz, para expulsar á los demonios."¹ Para bendecir los materiales de un templo, lo primero que emplea es la señal de la cruz, y la graba repetidas veces sobre el pavimento, las columnas y el altar, y para simbolizarla, la fabrica de fierro y la coloca en la parte superior del edificio. ¿Qué deben hacer, pues, sus hijos, al pasar el dintel de la casa de Dios? La señal de la cruz: ¿por qué comienzan los jefes de la oracion, los obispos y sacerdotes á celebrar las alabanzas del Altísimo? por la señal de la cruz.

"Cuando al principio del oficio hacemos la señal de la cruz, acompañados de estas pala-

¹ Nemo ecclesiam aedificet, antequam episcopus civitatis veniat et ibidem crucem figat: addit glossa, ad abigendas inde daemonum phantasias. (*Novella V, paragraph. 1,* ap. *Nemo de concecrat.*, dist. 1.)

bras: *Dignate, Dios mio, venir en mi auxilio*, es como si dijéramos, enseña un antiguo liturgista: Señor, vuestra cruz es nuestra ayuda; la mano os representa la señal, la lengua os ruega. El diablo es el jefe de los enemigos de nuestra salvacion, gobierna el mundo, lisonjea la carne para halagarnos y vencernos. Si por medio de vuestra cruz, os dignais favorecernos; él y todos nuestros enemigos serán derrotados." 1

Mira, sobre todo, su modo de obrar respecto del hombre, templo vivo de la Trinidad. La primera cosa que hace sobre él al salir del claustro materno, es la señal de la cruz; la última, cuando entra á las entrañas de la tierra, la señal de la cruz, esa es su primera palabra y su última despedida para con los hijos de su ternura.

En el intervalo que separa la cuna de la tumba, ¡cuántas veces hace sobre el hombre la señal de la cruz! En el bautismo, en que se convierte en hijo de Dios; en la confirmacion, en que se alista como soldado de la virtud; en la eucaristía, en que se nutre con el pan de los ángeles; en la penitencia, en que recobra la vida

1 *Raisons de l'office*, etc., p. 270.

divina; en la extrema-uncion en que se fortifica para el último combate; en el orden y en el matrimonio, en que se asocia á la paternidad del mismo Dios. Siempre y por todas, hoy como antes, en Oriente y en Occidente, la señal de la cruz. 1

Y aun es nada. Mira lo que hace la Iglesia cuando en la persona del sacerdote sube al altar. Armada con la omnipotencia que se le ha conferido, se dirige, no á la criatura, sino al Criador, no al hombre, sino á Dios. A su voz se abre el cielo, el Verbo encarna y renueva los misterios de su vida, de su muerte y de su resurreccion. ¿Hay, por ventura, acto mas lleno de solemne gravedad, del que debe expulsarse con mas cuidado todo lo que sea extraño ó superfluo?

Pues en el curso de la *accion* por excelencia, la Iglesia multiplica más que nunca la señal de la cruz, se envuelve en ella, marcha á través

1 Si regenerari oportet, crux adest; si mystico illo cibo nutriri, si ordinari, et si quidvis aliud faciendum ubique nobis adest hoc victorie symbolum. (S. Chrys., in *Matth.*, homil. 54, n. 4.)—Quod signum nisi adhibeatur frontibus credentium, sivi ipsi aquæ in qua regenerantur, sive oleo quo chrismate unguuntur, sive sacrificio quo aluntur, nihil eorum recte perficitur. (S. Aug. in *Joan.* tract. 128, n. 5.)

de ella, y la repite tanto, que el número á que asciende su repetición pudiera parecer hasta exagerado, si no fuera profundamente misterioso. ¿Sabes cuántas veces hace el sacerdote la señal de la cruz durante el sacrificio de la misa? *Cuarenta y ocho veces*; digo mal, tanto como dilata el augustísimo sacrificio, el sacerdote es un signo viviente de la cruz.

Y ¿la Iglesia católica, la grave institutriz de las naciones, la gran maestra de la verdad, se distraería en repetir tan á menudo, en el acto más solemne, un signo inútil, supersticioso ó de una pequeñísima importancia? Si tus camaradas creen esto, hacen mal en ser incrédulos, es la credulidad lo que les falta. La conducta de la Iglesia y la de los verdaderos cristianos desde todos los siglos, es una victoriosa presunción en favor de nuestros antecesores.

Quinta presunción en favor de los primeros cristianos: *Los que no hacen la señal de la cruz.*

Sobre la tierra hay seis categorías de señas que no hacen la señal de la cruz.

Los paganos: chinos, indios, tibetanos, hebreos y salvajes de la Occania que adoran ídolos menstruosos, pueblos profundamente de-

gradados y no ménos infelices, no hacen la señal de la cruz.

Los mahometanos: fechones por el sensualismo, tigres por la crueldad y autómatas por el fatalismo, no hacen la señal de la cruz.

Los judíos: profundamente envueltos en una gruesa corteza de supersticiones ridículas, petrificación viva de una raza degenerada, no hacen la señal de la cruz.

Los herejes: sectarios impertinentes que han pretendido reformar la obra de Dios, y que en castigo de su orgullo han llegado á perder hasta el último harapo de la verdad. "Me comprometo, decía hace poco uno de sus ministros prusianos, á escribir sobre la seña del pulgar, lo que ofende de creencias comunes entre los protestantes;" y estos no hacen la señal de la cruz.

Los malos católicos: renegados del bautismo, esclavos del respeto humano, ignorantes soberbios, que hablan de todo y no entienden de nada, adoradores del dios vientre, del dios cama, del dios materia, y cuya vida íntima está manchada, estos no hacen la señal de la cruz.

Las bestias: bipedos y cuadrúpedos de todas especies; perros, gatos, asnos, mulos, camellos,

buitres, cocodrilos, ostiones, hipopótamos, &c., no hacen la señal de la cruz.

Tales son las seis categorías de seres que no hacen la señal de la cruz. Si ante los tribunales, el carácter moral del demandante y del defensor, contribuye poderosamente, aun antes del examen de la causa, a fijar la opinion de los jueces, te dejo pensar si el carácter de los seres que no hacen la señal de la cruz, es una pequeña presuncion en favor de los primeros cristianos.

En resumen, relativamente al frecuentísimo uso de la cruz, el mundo se divide en dos campos opuestos.

En favor: los admirables cristianos de la primitiva, los mas santos y los mas grandes genios del Oriente y del Occidente, los verdaderos cristianos de todos los siglos, y la misma Iglesia católica, poseedora de la verdad.

En contra: los paganos, los mahometanos, los judíos, los herejes, los malos católicos, las bestias

Me parece que puedes decidirte. Con mas motivos formarás tu conviccion cuando sepas las razones que justificaran a los unos y condenaran a los otros. Te las manifestaré en mis cartas venideras.

CARTA CUARTA.

Noviembre 29.

Respuesta á la objecion: los tiempos han cambiado.—Razones en favor de los primeros cristianos, sacadas de la naturaleza misma de la señal de la cruz.—La señal de la cruz comprende cinco cosas.—El signo que ennoblece al hombre.—Pruebas de que la señal de la cruz es divina.

“En cuanto a mi, me escribes, mi querido Federico, la cuestion está juzgada. Nunca creeria yo que Dios ha concedido la verdad y el buen sentido en herencia a sus enemigos, mientras que hubiera condenado a sus mejores amigos al error y á la supersticion.”

Sin sorprenderme, me regocija esa confesion. Tu alma busca la verdad y tu corazon no puede repelerla. Si todos tuvieran tus disposiciones, el trabajo del apologista seria fácil. En la